



BIBLIOTECA PÚBLICA MADRID

10 boulevard Magenta 10 Paris (Fr) Núm. 388.

LA REVUE DE L'OUVRIER

Mahón, jueves 1.º Abril 1915



CONTRA LA GUERRA

Manifiesto Anarquista Internacional

La Europa en sangre y fuego; una docena de millones de hombres destrozándose en la carnicería más espantosa que registra la historia; centenares de millones de mujeres y niños en duelo; la vida económica, intelectual y moral de siete grandes naciones en suspenso, la amenaza cada día mayor de nuevas complicaciones militares: tal es, desde hace siete meses, el espectáculo odioso que nos ofrece el mundo civilizado.

Este cuadro de horror no sorprende, cuando menos, a los anarquistas. Para ellos no ha existido nunca la menor duda—y los terribles acontecimientos de hoy fortalecen esta aserción—de que la guerra existe en gestación permanente en el organismo social actual, y que el conflicto armado, local o general, colonial o extranjero, es la consecuencia natural y el desenlace necesario de un régimen que tiene como base la desigualdad económica de los ciudadanos, que reposa sobre el antagonismo salvaje de intereses y que coloca a los laboriosos y los útiles bajo la dura y humillante dependencia de una minoría de parásitos, detentadores a la vez de los poderes político y económico.

La guerra era inevitable; todo tendía a su realización. Porque no impunemente desde medio siglo se preparan febrilmente los más formidables armamentos y se aumentan constantemente los presupuestos destinados a la destrucción. No se trabaja por la paz esforzándose sin reposo en el perfeccionamiento del material de guerra, ni tampoco manteniendo en tensión todos los espíritus y todas las voluntades con el objeto exclusivo de alcanzar el grado de organización más complejo y el funcionamiento de la máquina militar.

Por lo tanto, es ingenuo y pueril, después de haber multiplicado las causas y las ocasiones de los conflictos, buscar o establecer las responsabilidades de tal o cual gobierno. No hay distinción posible entre las guerras ofensivas y las defensivas. En el conflicto actual, los gobiernos de Berlín y de Viena se han justificado con documentos no menos auténticos que los de los gobiernos de París, Londres y Petrogrado. Unos y otros continuarán dando a la publicidad los documentos más indiscutibles y los más decisivos, para probar su buena fe y presentarse como los inmaculados defensores del derecho y de la libertad, como los campeones decididos de la civilización.

¿La civilización? ¿Quién, pues, la representa en este momento? ¿El Estado alemán, con un militarismo tan formidable y poderoso que ha matado en su germen todo intento de rebelión? ¿El Estado ruso, cuyos solos medios de persuasión son el knout, el cadalso y la Siberia? ¿El Estado francés, con Birbirí, las sangrientas conquistas de Tonkin, Madagascar y Marruecos, y el reclutamiento forzado de negros? ¿Francia, que retiene en sus prisiones desde hace años a compañeros, por el solo

motivo de haber hablado o escrito contra la guerra? Inglaterra, que explota, divide, mata por el hambre y oprime a los pueblos de su inmenso imperio colonial?

¡No! Ninguno de los beligerantes tiene derecho a ufanarse de la civilización, como tampoco de declararse en estado de legítima defensa.

La verdad es que las causas de esta guerra que ensangrienta los campos de Europa, como las de todas las guerras precedentes, radica únicamente en la existencia del Estado, que es la forma política del privilegio.

El Estado ha nacido de la fuerza militar, se ha desarrollado sirviéndose de la fuerza militar, y es en esta fuerza donde debe lógicamente apoyarse para mantener su poderío. Cualquiera que sea la forma que revista, el Estado no es otra cosa que la opresión organizada en beneficio de una minoría de privilegiados. El conflicto actual lo prueba de una manera sorprendente. Todas las formas del Estado encuéntranse comprometidas en la guerra presente: el absolutismo, con Rusia; el absolutismo mitigado de parlamentarismo, con Alemania; el Estado dominando sobre pueblos de razas muy diferentes, con Austria; el régimen democrático constitucional, con Inglaterra; y el régimen democrático republicano, con Francia.

La desgracia de los pueblos—que estaban profundamente adheridos a la paz—, ha sido la de haber tenido confianza ciega en el Estado con sus diplomáticos intrigantes, en la democracia y los partidos políticos, aun los de oposición, como el socialismo parlamentario, para evitar la guerra. Esta confianza ha sido intencionadamente traicionada y continúa siéndolo en tanto que los gobernantes, con la ayuda de toda su prensa, persuaden a sus pueblos respectivos de que se trata de una guerra de liberación.

Nosotros estamos resueltamente contra toda guerra, y en los países neutros, como Italia, donde los gobiernos pretenden arrojar nuevos pueblos a la hoguera de destrucción, nuestros compañeros se han opuesto, se oponen y se opondrán siempre a la lucha fratricida.

La misión de los anarquistas, cualquiera que sea el lugar y posición que ocupen en la tragedia actual, es la de continuar proclamando que no hay más que una guerra de liberación posible: la que en todos los países hacen los oprimidos contra los opresores, los explotados contra los explotadores. Nuestra misión es la de llamar a los esclavos a la revuelta contra sus amos.

La propaganda y la acción anarquista deben dirigirse con preferencia a debilitar y desintegrar los diversos Estados, a cultivar el espíritu de rebeldía y a desarrollar el descontento en los pueblos y los ejércitos.

A los soldados de todos los países que combaten por la justicia y por la libertad, debemos explicarles como su heroísmo y su valor no servirán más que para perpetuar el odio, la tiranía y la miseria.

A los obreros de las ciudades, debemos recordarles que el fusil que hoy

empuñan sirvió otras veces para fusilarlos en ocasiones de huelga y de legítima revuelta, y que una vez la guerra concluida se volverá contra ellos para obligarlos a sufrir la explotación patronal.

A los campesinos, mostrarles que después de la guerra se verán forzados a encorvarse otra vez bajo el yugo para labrar las tierras de sus señores y alimentar a los ricos.

A todos los parias, que no deben soltar sus fusiles sin haber ajustado cuentas con sus opresores y tomado posesión de los campos y las fábricas.

A las madres, compañeras y doncellas, víctimas de la miseria en exceso y de las privaciones, decirles quienes son los verdaderos responsables de sus dolores y del asesinato de sus padres, hijos y maridos.

Nosotros debemos de aprovechar todos los movimientos de revuelta, todos los descontentos, para fomentar la insurrección, para organizar la revolución, de la cual esperamos el fin de todas las iniquidades sociales.

¡Que no haya ningún desaliento, aun ante una calamidad como la guerra actual!

En períodos tan agitados, en los cuales millares de hombres sacrifican su vida por una idea, es cuando se hace necesario que nosotros mostremos a esos hombres la generosidad, la grandeza y la belleza del ideal anarquista; la justicia social realizada por la organización libre de los productores; la guerra y el militarismo suprimidos para siempre; la libertad entera conquistada por la destrucción del Estado y de sus organismos de coerción.

¡Viva la anarquía!

Londres, Marzo de 1915.

- Leonard D. Abbott, Alexander Berkman, L. Bertoni, L. Bersani, G. Bernard, A. Bernardo, G. Barrett, E. Boudot, A. Calzitta, Joseph J. Cohen, Henry Cömbes, Nestor Cicele van Diepen, F. W. Dunn, Ch. Frigero, Emma Goldman, V. Garcia, Hippolyte Havel, T. H. Keell, Harry Kelly, Z. Lemaire, E. Malatesta, R. Mirquez, F. Domela Niuwenhuis, Noel Paravich, E. Recchioni, G. Rynders, I. Rochitchine, A. Savioli, A. Schapiro, William Shatoff, V. J. C. Schermahorn, C. Trobetti, P. Vallina, G. Vignati, L. G. Woolf, S. Yanovsky.

Aunque avalorado este manifiesto por firmas de queridos compañeros nuestros, no nos han convencido sus razones, ni podemos, por lo tanto, hacer nuestros ni el criterio en que se inspira ni la táctica que aconseja.

Varias veces hemos dicho que debilitar en estos momentos a Francia, cultivar el espíritu de rebeldía y desarrollar el descontento en su pueblo y en su ejército, no pudiendo hacerlo al mismo tiempo y con la misma eficacia en Alemania y Austria, fuera una traición a las ideas de libertad y emancipación social, fuera entregar la Europa y el mundo entero en manos del emperador Guillermo y de la aristocracia militar prusiana.

Así lo comprendió el compañero S. Faure en su entrevista con M. Malvy, que publicamos en el número anterior; así lo comprenden cuantos sin prejuicios sectarios estudian el actual problema en sus causas y en sus posibles consecuencias.

No se nos llame partidarios de la guerra, porque eso fuera una injuria calumniosa. Nosotros queremos la paz, pero no con el Kaiser y su Estado Mayor triunfantes.

Precisamente porque somos enemigos de la guerra, deseamos la ruina del imperio esencialmente guerrero y militarista, incompatible con la paz, con la independencia de las naciones y con la libertad de los pueblos.

Hemos repetido también que no es justo, tratándose de gobiernos o partidos democráticos, comparados con los absolutistas, decir que todos son iguales. Con ello se favorece a los peores.

Aquí, en España, por esa táctica fatal de combatir a los afines con mayor encarnizamiento que a los reaccionarios, estamos peor cada día.

Los republicanos, divididos por odios sectarios y rivalidades personales, han contribuido a consolidar la Restauración.

Los anarquistas, siguiendo la misma táctica suicida, han envalentonado al enemigo común y hoy tienen menos fuerza y prestigio que hace algunos años; y si no se pone pronto remedio, llegaremos a la anulación.

No sabemos cómo ni cuándo acabará la guerra; tal vez el triunfo de Alemania nos hará perder todas las ilusiones de libertad que las democracias concibieron con motivo de la Revolución Francesa y sus consecuencias, que llenan la historia del siglo pasado. En tal caso, cuantos llamándose hombres de libertad y progreso dejan de luchar contra los imperios centrales con todos los medios de que pueden disponer, se arrepentirían de su error y se avergonzarían de su conducta.

Si la suerte de las armas favorece a las naciones democráticas, entonces será preciso que nuestra actitud en los días difíciles no nos haya hecho odiosos a los pueblos que sufren los horrores de la guerra.

Será necesario también que sepamos aprovechar el movimiento antimilitarista que se producirá en todas partes, cuando se miren con serenidad los daños que la guerra habrá ocasionado, las pérdidas enormes en vidas humanas y en riqueza destruida y malgastada.

La guerra no ha matado nuestras ideas, como pregonan ciertos reaccionarios, que han convencido, según parece, a algunos de los nuestros. Por el contrario, la guerra pone de manifiesto que el capitalismo y militarismo son incompatibles con la civilización; y solamente nosotros podremos reconstruir el mundo sobre fundamentos de fraternidad y solidaridad.

Nuestro deber, contando como nuestros a los anarquistas, socialistas, sindicalistas, y, en general, a todos los hombres de ideas liberales y democráticas; nuestro deber está en procurar unirnos, concertarnos y estar dispuestos para realizar nuestra obra, cuando llegue el momento en que, acabado de arruinar el viejo régimen, nuestra intervención será oportuna, eficaz y necesaria.

Kropotkin en 1905

En el otoño de 1905 estuvo Kropotkin en París y habló con sus amigos de la actitud que debieran adoptar los revolucionarios en caso de que Francia fuese invadida por alguna potencia militar. Sus opiniones fueron recogidas por un periodista, M. Mille, que las publicó en *Le Temps*, pero sin acertar con la expresión exacta de las ideas expuestas por nuestro anciano maestro, quien se creyó en el caso de dirigir al director de *Le Temps* una carta que fué reproducida por *Les Temps Nouveaux* y traducida para el número 234 de EL PORVENIR DEL OBRERO, correspondiente al 5 de enero de 1906, de donde la copiamos literamente:

«Señor director:

»Acabo de leer en vuestro periódico del 19 octubre un artículo de M. Pierre Mille, titulado: *Diseños del natural: Pedro Kropotkin*. Permitidme que haga notar algunas inexactitudes.

»M. Mille reproduce algunas frases de una conversación sobre el antimilitarismo, a la cual no asistió, pero de que oyó hablar en París. Estoy seguro de que lo ha hecho con la mejor intención de ser exacto; pero, al dar sólo algunas frases de aquella conversación, desnaturaliza completamente el sentido de la misma.

»Efectivamente, yo dije:

»—Tengo sesenta y dos años y no me dejo llevar por el sentimentalismo respecto de Francia, donde he sido condenado a prisión y todavía pesa sobre mí un decreto de expulsión... Pues bien, si Francia fuese invadida por los alemanes, yo lamentaría una cosa, y es que con mis sesenta años cumplidos yo no tendría probablemente fuerza para tomar un fusil y defenderla... *No como soldado de la burguesía, entiéndase bien, sino como soldado de la Revolución*, en los cuerpos francos de revolucionarios, semejantes a los garibaldinos y franco-tiradores de 1871.

»Hagamos la revolución y corramos a las fronteras, esta es la esencia de las opiniones que expresé en aquella conversación y la frase que acabo de citar y que chocó a M. Mille era la conclusión.

»Ya que habéis tenido a bien hablar de mis ideas sobre el antimilitarismo, ¿me permitiréis precisarlas?

»Cuando veo con cuanta facilidad los gobernantes lanzan a los pueblos a guerras espantosas, emprendidas en interés de la burguesía, y sabiendo con qué imperdonable ligereza los gobernantes de Francia—bajo una insignificante promesa hecha por un ministro imperialista inglés—han estado recientemente a punto de lanzar a Francia a una guerra de que hubiera podido salir más destrozada que en 1871, comprendo la necesidad de una propaganda antimilitarista decidida, hecha valientemente por los trabajadores. Comprendo perfectamente que los trabajadores franceses, vanguardia de la clase obrera del mundo entero, tomen la iniciativa, sin saber exactamente hasta qué punto serán secundados por los trabajadores alemanes.

»—Pero, dije en la conversación de que M. Mille ha publicado una parte, la huelga de soldados, cuando la guerra está declarada no es el verdadero camino. La huelga es buena para las naciones que permanezcan neutrales. Cuando dos Estados entren en guerra, los trabajadores de las naciones neutrales deberían rehusar absolutamente todo trabajo que sirva para mantener la guerra. Es lo que debió haberse hecho durante la última guerra ruso-japonesa.

»Pero si los alemanes vienen a invadir la Francia, al frente, como lo harán sin duda, de una coalición poderosa y forzando a los

pequeños Estados limítrofes (Bélgica, Suiza), entonces la huelga de soldados no bastará. Será necesario obrar como los *sans-culottes* de 1792, cuando constituyeron en sus secciones la Comuna revolucionaria del 10 de agosto, derribaron la realeza y la aristocracia, realizaron el impuesto forzoso sobre los ricos, forzaron la Legislativa a dar los primeros decretos efectivos para la abolición de los derechos feudales y la devolución a los campesinos de las tierras comunales y marcharon a defender el suelo de la Francia continuando la Revolución. Así también probaron de hacerlo Bakunine y sus amigos en Lyon y Marsella en 1871.

»El solo dique eficaz para oponer a una invasión alemana será la guerra popular, la Revolución. Esto es lo que hay que prever y decirlo abiertamente desde hoy.

»Sí, he dicho también que Francia marcha a la cabeza de las otras naciones. Y es verdad. No como cultura intelectual, artística o industrial, porque en esto las principales naciones europeas y los Estados Unidos marchan a la par, y si una toma la delantera en una dirección, queda atrás en otra. Francia marcha a la cabeza de las otras naciones por el camino de la revolución social. Ella hizo la revolución de 1789-93, la de 1848 y plantó un jalón en 1871, mientras Alemania no ha acabado todavía de abolir su régimen feudal, Inglaterra sólo hizo su gran revolución para conquistar la libertad política y religiosa del individuo, sin demoler la propiedad feudal, y Rusia está todavía en 1788-89.

»En estas condiciones, un nuevo hundimiento de la Francia sería una desgracia para la civilización. El triunfo del estado militar centralizado alemán en 1871 ha valido a Europa treinta años de reacción, y ha dado a Francia el culto militarista, el boulangismo, el asunto Dreyfus y la detención, mejor diré, el olvido por treinta años de todo el desarrollo socialista que se efectuaba hacia el fin del Imperio.

»Porque he vivido la reacción social e intelectual de los últimos treinta años, pienso que los antimilitaristas de todas las naciones deberían defender cada país invadido por un Estado militarista y demasiado débil para defenderse por sí mismo, pero sobre todo la Francia, cuando sea invadida por una coalición de potencias burguesas que odian sobre todo en el pueblo francés su papel de vanguardia de la revolución social.

»He aquí, señor, las ideas que yo desarrollé en la conversación que M. Mille ha contado a vuestros lectores.

»Para terminar, permitidme hacer notar algunas inexactitudes de carácter personal en el artículo de M. Mille.

»Mi mujer, me considero dichoso de contradecir en esto a M. Mille, no ha dejado de vivir y si M. Mille viniese a Bromley—pero, por favor, no como reporter—la encontraría poco más o menos tal como la vió en Acton. Y por mi parte, M. Mille, no solamente me hace cometer un error de hecho demasiado grande (condenados a cinco años de prisión, no lo fuimos más que tres) sino que me atribuye a propósito de ese encarcelamiento un lenguaje que yo jamás hubiera usado. Paso de largo sobre el concepto que M. Mille me atribuye respecto a los reporters: esto es demasiado personal.

»Dándoos gracias anticipadas, recibid, señor, etc.

Pedro Kropotkin.

Han pasado nueve años y Kropotkin, llegada la ocasión, ha vuelto a repetir casi las mismas palabras, con mayor fundamento, porque desde entonces el problema del militarismo se ha venido agravando y el triunfo de Alemania representaría un recrudescimiento de la

reacción política y social que ha dominado durante los últimos cuarenta años.

Ahora, como entonces, «un nuevo hundimiento de Francia sería una gran desgracia para la civilización»; y la reacción que seguiría al triunfo del imperialismo prusiano fuera más terrible y de peores consecuencias, de tal modo que, teniendo en cuenta la inmensa fuerza militar de que dispondría el imperio, las esperanzas de una revolución emancipadora quedarían aplazadas por algunas generaciones.

Hace algunos años, los revolucionarios podían esperar que, por sorpresa o aprovechando alguna circunstancia extraordinaria, la rebelión popular se impusiese a la fuerza organizada de que disponían los gobiernos; pero actualmente, cuando hemos visto entrar en acción tantos millones de soldados, centenares de miles de cañones, aeroplanos y dirigibles, acorazados y submarinos, además de una prodigiosa organización para la continua fabricación de armas, para el aprovisionamiento de los combatientes, para el espionaje, comunicaciones, etcétera, ¿quién podría soñar un levantamiento eficaz del pueblo sin armas y sin dirección?

En 1871 fracasaron la Comuna de París y los intentos de Bakunin. Ahora ¿qué podríamos oponer, con alguna probabilidad de éxito, a los imperialistas triunfantes?

Hay que tener en cuenta que si vence Alemania, vencen el emperador y la aristocracia prusiana, que entonces tratarían con más insolente orgullo al mismo pueblo alemán y con la crueldad que han demostrado en Bélgica a los extranjeros.

En cambio, vencedora Francia, no debería su salvación a un caudillo napoleónico, ni a una clase privilegiada, sino al esfuerzo unánime de todo el pueblo francés, que es el pueblo de la Revolución, y de sus aliados: Inglaterra, el país de la libertad práctica, que ya ha demolido los fundamentos de la propiedad feudal con las reformas de Lloyd George; y Rusia, que habría de modificar sus instituciones y sus procedimientos en cuanto cayese el imperio germánico, principal apoyo de la reacción en toda Europa.

Nunca, después de las guerras de la primera República francesa, se habían encontrado frente a frente las ideas de libertad y de despotismo tan genuinamente representadas.

«Francia, decía Kropotkin, marcha a la cabeza de las naciones por el camino de la revolución social.»

Alemania, en cambio, representa la autoridad y el militarismo en su desarrollo más absorbente, sin esperanza de rebeldía por parte del pueblo alemán, enamorado de sus caudillos y sumiso ante sus verdugos.

La idea de facilitar el triunfo de Guillermo II, debilitando a los franceses, no puede haber nacido en la cabeza de un amante de la libertad y del progreso humano; es, por el contrario, una sugestión jesuítica que ha encontrado acogida en los cerebros débiles de algunos fanáticos.

Que propaguen semejantes disparates agentes secretos pertenecientes al servicio de espionaje alemán, según decía M. Malvy en su entrevista con S. Faure, tiene su natural explicación; pero es muy triste que hagan el mismo

trabajo de buena fé conocidos revolucionarios.

¿Es que llevamos, como decían los místicos, nuestro peor enemigo dentro de nosotros mismos?

La razón de los absolutistas

Algunos revolucionarios germanófilos dicen que es un argumento ridículo el hacerles notar que coinciden lamentablemente con los reaccionarios de todas las naciones neutrales y de una manera especial con los absolutistas españoles, nuestros enemigos más próximos y directos.

¿Y por qué ha de ser ridículo el argumento? Nosotros, por el contrario, creemos que tendría una importancia decisiva si los liberales tuviésemos un poco de instinto de conservación.

Examinemos por qué los clericales, carlistas, mauristas, etcétera, son germanófilos, por qué razón todos ellos son tan decididos germanófilos.

No será por la religión, porque los tales abominan del luteranismo y parece que deberían disgustarles los fusilamientos de sacerdotes y los bombardeos de iglesias que los ejércitos alemanes no han escatimado.

Tampoco por patriotismo, puesto que, vencedora la orgullosa Alemania, las naciones débiles como la nuestra no tendrían más remedio que someterse a sus caprichos, perdiendo su dignidad e independencia.

¿Por qué, pues, será? ¿No lo adivinan los revolucionarios germanófilos? ¿No lo ven, teniéndolo tan cerca?

Los absolutistas españoles son germanófilos por lo mismo que son absolutistas: por odio al pueblo trabajador.

Ellos se rien de la religión, que solamente utilizan como una guardia civil moral contra el pueblo.

Ellos se rien de la patria, que es otra religión con ejército y marina, policía, leyes, jueces y magistrados, todo para la defensa de los privilegios de los ricos y para sujetar en la esclavitud a los pobres.

El emperador de Alemania tiene el mejor ejército del mundo, esto es, el mayor guardián de las cajas de hierro llenas de millones. ¿Qué más quieren nuestros burgueses reaccionarios?

Francia es el país de las revoluciones e Inglaterra concede libertad a los anarquistas y últimamente se han aprobado reformas que atacan los fundamentos sagrados de la propiedad y conceden derechos a los trabajadores. La misma Rusia tiene veleidades revolucionarias y es peligrosa de próximos progresos.

En cambio, en Alemania hasta los que se llaman socialistas son gentes ordenancistas y disciplinadas; son todos obedientes al emperador y se hallan dispuestos a disparar contra sus propios padres y hermanos cuando el sargento se lo mande.

Además, robustecido su poder con esta guerra victoriosa, Guillermo II, que detesta la comedia de los diputados socialistas, los suprimirá, o cerrará para siempre la ficción de parlamento del imperio, que fué una concesión humorística de Bismark y no un derecho del pueblo, porque allí, en Alemania, nunca el pueblo ha tenido derechos, ni los ha reclamado.

Mientras el Kaiser ha tolerado el socialismo, por sus combinaciones políticas y diplomáticas, ha habido en Alemania socialistas; pero cuando a él se le antoje se acabará el sainete.

¿Acaso hay anarquistas en Alemania? ¿Por qué no los hay?—Pues porque el emperador no los quiere. De igual modo, cuando lo tenga por conveniente, el emperador suprimirá el socialismo y el pueblo alemán aplaudirá y festejará la victoria del Kaiser contra los enemigos interiores.



Y si Guillermo cree que ha de haber socialistas, que los haya y siga la farsa. La cuestión es que no deje asomar la oreja a los anarquistas.

Un imperio con diez millones de soldados, un material de guerra fabuloso, un espionaje admirable y sin anarquistas ¡el ideal de nuestros ricos reaccionarios!

Razón tienen de ser germanófilos nuestros reaccionarios, razón que les sobra.

Los que no tienen razón ni sentido común son los absolutistas, que les apoyan y les hacen el juego.

LA RAMERA

¿Por qué maldecirnos, si, sobre habernos creado con vuestra maldad, somos útiles a vuestro Estado?

—¡Malditas mil veces las procaces rameras!—gritó el César.

—Su presencia me ofende, su contacto me mancha—agregó la matrona.

—El fuego eterno las consumirá—cantó el sacerdote.

Y una voz triste como el sonido de cien arpas rotas llenó el aire.

—¡Ay de mí!—dijo la voz.—¡Ramera soy! En mi cuerpo enfermo y magullado vendo a los hombres los placeres del amor. Amen todos menos yo, que a nadie puedo amar. Sobre mi seno siento el peso del ebrio y el del sobrio; apaga la sed de goces del malvado y del inocente. En mi lecho sólo mi lugar está frío como la nieve. Soy como la muerte, para todos igual. Abrazo al pobre, envuelto en sus harapos, como al rico, envuelto en sus sedas. Beben en mis labios, como fuego de amor, mi fiebre de enferma, los hombres de condiciones más distintas. Igual a la copa en que se vierte el vino con que procuro en las orgías alejar mi sueño, mi fatiga y mis penas, todos acercan a mí sus labios, sin que jamás los rechace. La fealdad misma me tiene a su disposición como la suma belleza, el vigor y la salud, como la debilidad y el mal. A todos sonríe mi desgracia, y para todos menos para mí soy alegre.

César, no me maldigas. ¿Dónde está el dedo que señala a los hombres como tú, que apuraron los perfumes de mi pureza y luego me abandonaron? Mi caída fué la suya, pero sólo mi virtud la empañada.

César, soy la salud de tus soldados, a quienes no permites otra compañera. Mientras duermen en mi regazo, dejan tranquilas en sus lechos de vírgenes, a tus hijas y a tus hermanas. Ahogan conmigo instintos poderosos que tu ley me alcanza y no para condenarme. Sé consecuente con tu propia ley.

—Matrona, no te ofenda mi presencia ni te manche mi contacto. ¿Quiénes me prostituyeron sino tus padres, tus hermanos y tus hijos? Tú misma, ¿no sientes celos de que tu hijo escoja pronto compañera? ¿No prefieres que olviden en los goces de una hora el fuego de juventud que te arrebató su corazón para siempre? Soy la víctima de tu egoísmo. Te has convertido en esclava y tu cara esclavitud a todos esclaviza: a tus hijos, porque habrán de escoger para sí una tan cara esclava como tú; a mí, porque soy la obra de su naturaleza protestando violentamente de la ley que trata de encadenarla.

BIBLIOTECA PÚBLICA MAÓ

OBRA NUEVA

Dr. JULIO CARRÈT

Demostración de la inexistencia de Dios

TRADUCCIÓN DE J. PRAT

Acaba de publicarse esta obra, tercer volumen de la Biblioteca de Divulgación, impresa esmeradamente en buen papel.

Véndese al precio de una peseta.

Los pedidos han de ir acompañados de su importe a las siguientes direcciones:

En MAHÓN (Islas Baleares).—Administración de EL PORVENIR DEL OBRERO, Tipografía Mahonesa, calle Nueva.

Depósito en BARCELONA:—«Librería de Luis Millá», calle de San Pablo, n.º 21.

El franqueo para cualquier punto de España corre de cuenta de los editores; pero si se desea recibir el paquete certificado, hay que añadir 25 céntimos.

Tomando de 3 ejemplares en adelante se hace un descuento del 30 por 100.

—Sacerdote, no me condenes al fuego eterno: que una eterna desesperación no atribule mi espíritu. ¿Cierras acaso las puertas de tu cielo a los que han macerado mis carnes y exigido a mi alma mayor maldad de la que contiene? ¿Has negado tu bendición al que, después de hundirme en mi abismo, te ha presentado en el altar otra compañera? Ellos y sus hijos benditos están por ti.

César, matrona, sacerdote: entre mis compañeras no hay una sola hija de príncipe; ninguna acaudalada abrazó mi triste oficio. Hace la incontinencia viciosas, sólo la miseria hace rameras. Las viciosas pueden merecer vuestras maldiciones, porque hallan, en lo que gozan, una compensación. ¿Por qué maldecir a los que sufren?

Y la voz se extinguió repitiendo:

—¿Por qué maldecirnos, si, sobre habernos creado con vuestra maldad, somos útiles a vuestro Estado?

F. Pi y Arsuaga.

TU PLUMA

A Kropotkin

Yo te admiro, ¡oh pluma soberana!
Eres sabia, profunda, ágil y amena;
Sus dones sobre tí derramó Atena;
La belleza a la ciencia en tí se hermana.

Nunca soñaste con la gloria vana;
Siempre has sido modesta, franca y buena,
Y siempre has defendido, de amor llena,
El ideal de redención humana.

De entre tus puntos las ideas nacen
hermosas y variadas cual las flores;
Del pobre obrero lloras los dolores;

Las maldades del mundo rugir te hacen,
Y sin pied.d flagelas al tirano
Que al pueblo oprime con impia mano.

José Chueca.

La bancarrota del régimen

En varias provincias de España se promueven conflictos de orden público por causa de la falta de trabajo y de la carestía de las subsistencias.

Las clases directoras, que no supieron evitar la guerra, tampoco saben remediar el hambre.

Es la bancarrota del régimen capitalista en todos los órdenes de la vida social.

Desde hace años venimos diciendo que es necesaria una revolución que derribe de sus altos asientos a las cla-

madas clases directoras, cuya imprevisión y egoísmo debían conducir precisamente a los desastrosos resultados que estamos sufriendo.

Ciego era el que no sabía ver que las clases privilegiadas, que violentamente se habían erigido en directoras de los pueblos, no tenían condiciones intelectuales ni morales para ejercer esa arbitraria tutoría.

Un hombre pereciendo de hambre—se ha dicho—bastaría para condenar el régimen capitalista y autoritario que, disponiendo de las inmensas riquezas naturales e industriales, ha organizado una distribución tan deficiente que a alguno puede faltarle lo necesario.

Pero ya no se trata de un hambriento, sino de poblaciones y aun provincias enteras donde la vida se hace imposible para el mayor número, precisamente para los más útiles, para los que trabajan.

Podríamos excusar a los gobernantes de los pasados siglos, si la historia no nos demostrase que su ferocidad e ignorancia eran las principales causas de los males que sufrían los pueblos; podríamos excusarles en la barbarie general, en el atraso de la agricultura, en lo primitivo de las industrias, en la falta de comunicaciones; pero a los directores de la sociedad moderna, que disponen de tan asombrosos adelantos, de tantas conquistas científicas, de tal superabundancia de medios ¿cómo hemos de perdonarles?

Han tenido en sus manos toda la riqueza social; obedecían los pueblos mansamente, confiadamente, neciamente; pues bien, he aquí el resultado: una guerra más feroz y devastadora que las de Atila y Gengis-Kan, acompañada de un desconcierto económico que produce la miseria en las naciones neutras.

Tal ha sido la obra del régimen autoritario capitalista; tal es su culpa. ¿Qué menos podríamos hacer que declararles malos administradores, curadores infieles y proclamar su quiebra, retirándoles para siempre de donde hicieron tanto daño?

El pueblo, llegado a su mayor edad, no necesita que le administren de tan mala manera.

Hora es ya de que las clases directoras abandonen sus posiciones privilegiadas, que tan injustamente adquirieron y de que hicieron tan mal uso, antes de que el pueblo se decida a darles el merecido castigo, que tendría que ser muy cruel para resultar proporcionado con los males que causaron.

La monomanía de los clericales

Todavía se envanecen los clericales del triunfo que creen haber obtenido en Bruselas, con motivo de la mutilación por la soldadesca germánica del monumento en que estaba escrito el nombre de Ferrer.

Alégrense en hora buena, pero breve; y enseguida piensen que al aplaudir a los alemanes por esa violencia, aplauden a los mismos que han atropellado al cardenal Mercier, que han fusilado sacerdotes y religiosos, que han mutilado y escarnecido imágenes de cristos y de vírgenes más o menos milagrosas, que han roto a culatazos los sagrarios y bebido champaña en los copones y pisoteado las hostias consagradas.

Si todo eso creen los hipócritas de *El Grano de Arena* que se puede tolerar con tal de ver borrado el nombre de Ferrer de aquel monumento, nosotros verdaderamente pensamos que es conceder a la memoria de nuestro amigo una importancia muy grande, tal vez exagerada.

La sombra de Ferrer persigue a los clericales como un remordimiento implacable, del que inutilmente se quieren liberar, aun a costa de los mayores sacrilegios, que más bien agravarán el horror de su desesperación.

Al fin tendrán que comprar una soga, buscar un árbol maldito, y ahorcarse, como Judas, el precursor del jesuitismo.

Muchos individuos se convierten en criminales porque las leyes sociales califican de crimen lo que la ley natural no califica así.—Adam Smith.

DE MALLORCA

Compañero director de EL PORVENIR DEL OBRERO.

Mahón.

En nombre de la Federación Regional de sociedades obreras de las Baleares, «Solidaridad Obrera», le agradeceré la inserción de las siguientes líneas.—El secretario general, *Jaimie Bauzá*.

El Congreso de obreros zapateros de las Baleares

Enterada esta Federación de que en el Congreso de obreros zapateros celebrado en Alaró el día 14 del corriente, se había rechazado «El Sindicato de Obreros en calzado» a ella adherido, y atropellado al delegado de la sociedad de Alayor «La Buena Semilla», al desatender por completo sus indicaciones, acuerda protestar contra la actitud de los delegados que en él tomaron parte, exceptuando a los representantes de la sociedad de Inca «La Justicia» que, comprendiendo la arbitrariedad que se cometía con las mencionadas sociedades, se retiraron del Congreso después de hacer constar su protesta contra el mal proceder allí observado.

Protestó también de la no admisión de «El Sindicato de Obreros en calzado» y de los atropellos cometidos con el delegado de la sociedad de Alayor, «La Buena Semilla», el delegado de Mahón, compañero Mascaró, si bien continuó tomando parte en el Congreso, después de haber éste dado lugar a la retirada de los delegados de Inca y Alayor.

Palma de Mallorca 21-3-915.

No tienen razón de ser

Los partidarios de la guerra están de enhorabuena, ya que en pleno siglo XX, pueden gozar del espectáculo de una cual no registra otra la historia de los pueblos, tanto por sus efectos de destrucción y ruina, como por sus sangrientos resultados.

El número de víctimas sacrificadas en aras del egoísmo de todos los gobiernos mezclados en la casi mundial contienda, suman por centenares de miles. El dios de las batallas puede estar más que satisfecho del sangriento banquete que los pueblos llamados civilizados le vienen ofreciendo, en nombre del progreso y de la moderna civilización.

Sería curioso saber si los señores profesores prusianos y todo el gran plantel de escritores, catedráticos, científicos y académicos germanófilos, de aquí y de allá, entienden la positiva ciencia al son del estampido de los cañones de 42, al resplandor de las llamas de edificios como la catedral de Reims, o con el angustioso lamento de los injustamente fusilados por sus convicciones antimilitaristas en Berlín y otras poblaciones alemanas, sin hablar de los fusilamientos hechos en masa, de pacíficos hijos del pueblo, lo mismo en Alsacia-Lorena, que en distintos pueblos de la violada Bélgica.

Y sería curioso, porque la actual Alemania, con su gran número de universidades, con sus inventos y perfeccionamientos, tanto científicos como industriales, con su alta filosofía, y con su tan ensalzada cultura, se nos antoja la misma Alemania de los tiempos de Atila, Barba Roja y Carlo Magno, con su espíritu feudalista, conquistador y militarista. Y se nos antoja así, porque sabemos que Alemania en todo tiempo se ha mostrado partidaria de dominar a los demás pueblos, ya que su política siempre ha resultado de conquista, de absorción, así como su moral, una moral que podríamos llamar de cuartel.

¿Por qué será que la orgullosa Alemania en todo tiempo se ha mostrado enemiga del evolutivo progreso y de la paz de los demás pueblos? ¿En qué consistirá que siendo Alemania un país sembrado de escuelas, amante de la ciencia y de las artes, y al que desde más de cuatro siglos podríamos llamar maestro en filosofía y en cultura de buena parte del mundo, nos resulte quizá el más partidario de la guerra, y el más inclinado a la violencia y a la dominación de los pueblos de raza no germánica? ¿Será porque se cree un pueblo más culto, más fuerte, y por ende más en condiciones para esclavizar a los otros, o será que el genio de Atila revive en él, encarnado en sus hombres de gobierno de una a otra generación, en su política militarista, en su disciplina de hierro, en la enseñanza que en todas las escuelas se da al pueblo, con la venia y aprobación del Kaiser, o en sus leyendas, transmitidas de padres a hijos, al través de los siglos?

Porque ¿cómo se explica que un pueblo, en la teoría tan celoso de la ciencia, tan amante de las artes y de unas concepciones filosóficas tan elevadas y humanitarias, en la práctica nos resulte tan destructor, tan sangui-

nario, tan esclavizador, tan feudalista y tan bárbaro o más que en los tiempos de la antigua Roma o del conquistador Pedro Martel? ¿Será que los pueblos, como los individuos, por cultos y civilizados que se crean, también llevan en su entraña el instinto salvaje o la sanguinaria bestia, instinto y bestialidad, que, por más capas de barniz cultural y civilizador que se dé, no podrá borrar?

No lo sabemos: Pero sea una u otra la causa, es lo cierto que el pueblo alemán, con la casa Hohenzollern y con todos sus servidores de la nobleza nos están demostrando en la actual guerra, por ellos provocada, que todas sus bellas teorías esparcidas en tiempo de paz por los distintos pueblos de Europa, América y buena parte de Asia, en tiempo de guerra no tienen ningún valor y son letra muerta, ya que su único anhelo es la dominación de casi todo el mundo, su afán el de hacerse dueños de todos los mercados, lo mismo en el orden industrial que en el comercial; así como su sueño dorado no es otro que el de imponer su política imperialista y feudal y su disciplina de hierro, a todos los países, sea valiéndose de sus ardidés diplomáticos, o sea por imposición de la espada de un Kaiser vencedor, sin tener para nada en cuenta las justísimas aspiraciones de libertad, de evolutivo progreso, de autonomía y de derecho, porque todos los pueblos luchan y saben sacrificarse, cuando su libertad, sus derechos y su independencia, se ven amenazados. Ahí está Bélgica para testimoniarlo.

Es por esto que ante el espíritu conquistador y ante la política militarista de la orgullosa Alemania, todos los hombres amantes de la paz universal, celosos de su libertad y del evolutivo progreso, deben lanzar su más airada protesta contra un pueblo que, cual el pueblo alemán, además de estar identificado con los sueños de gloria alemana y con la avasalladora política de su emperador y amo, está muy conforme con exponer su vida en los campos de batalla en defensa de una causa injusta, una política a lo Bismark y unas conveniencias de Estado, que, de salir triunfantes, darían por resultado la esclavitud, la humillación, y la falta de libre expansión de todos los pueblos de raza no germánica, los cuales, de salir vencidos en la actual contienda, quedarían sujetos a la despótica voluntad del nuevo Atila, que no conoce otra razón que la del filo de su imperial espada, las conveniencias de su política de «Alemania por sobre todos los demás pueblos», y su disciplina de hierro o de cuartel, impuesta a todos sus vasallos.

Y esto, para bien de la libertad, de la autonomía, del progreso y de la justicia de los pueblos, no debe ser ni será, ya que el militarismo, el feudalismo y el imperialismo, en nuestro siglo de progreso y de libertades, no tienen razón de ser.

Enrique Pujol.

Barcelona, Marzo, 1915.

Los flacos no pueden vengar ofensas ni desechar agravios, ni mantener sus vidas fuera de servidumbre, sino por medio de hierro, de la unión y de la concordia.

Hurtado Mendoza.

ASUNTOS VARIOS

Se ha publicado en España la carta que el compañero P. Esteve, de *Cultura Obrera* de New York, dirigió a Kropotkin contradiciendo sus opiniones sobre la significación de la guerra europea; se ha publicado también la réplica del compañero Esteve; pero no se ha publicado en España la contestación de Kropotkin.

Para subsanar esta omisión, en el número próximo publicaremos la contestación de Kropotkin, que merece ser conocida de los revolucionarios españoles.

La sociedad de obreros zapateros ha recibido noticia de que se ha declarado la huelga general del oficio en Alaró (Mallorca).

Los zapateros menorquines prestarán a sus compañeros de la isla vecina la solidaridad que requieren el buen compañerismo y la comunidad de intereses.

La retirada política y renuncia del acta de diputado provincial que anunció don Juan Victory produjo mal efecto entre los jugadores de oficio.

Porque si el señor Victory perdiese su influencia y amistad con el señor Gobernador de la provincia, entonces se acabaría la tolerancia del juego en los casinos monárquicos de toda la isla y en otros garitos privilegiados.

Sin embargo, los interesados (chorixs, banqueros, ganchos, puntos, etcétera) confían en que don Juan Victory se dejará convencer y se sacrificará por los sagrados intereses del tapete verde.

Los que conocemos el acendrado menorquinismo del cacique maurista también opinamos que todo acabará en sainete.

El compañero García en *Tierra y Libertad*, demuestra comprender muy bien el interés de los reaccionarios españoles que, si venciese Alemania, «aunque de hecho resultase una colonia alemana, ellos tendrían, dentro de la nación, la sartén agarrada por el mango».

Pues, siendo así, ¿por qué les hemos de hacer el juego?

También reconoce que si se declarase la huelga general o la insurrección en una de las naciones en guerra y faltasen a su compromiso los revolucionarios de la otra, resultaría el triunfo para los traidores.

Ya le dijimos al querido compañero que no perdiéramos las esperanzas de llegar a un acuerdo.

La revista «Alas» de Castro del Río enviará diez ejemplares a Antonio Campon, Carmen 22, Huelva, según aviso que este nos comunica.

El segundo volumen de la Biblioteca «Cultura Obrera» se halla en prensa y aparecerá probablemente a mediados de abril.

Su título: «El ideal anarquista», por R. Mella.

Precio: 25 céntimos.

Dirigirse a Juan Cordero, Visitación, 10, Jerez de la Frontera (Cádiz).

Biblioteca de Divulgación

OBRAS PUBLICADAS

DINAMITA CEREBRAL. *Los cuentos anarquistas más famosos.*—Colección de hermosas páginas de la literatura revolucionaria mundial, de firmas tan conocidas como las de Máximo Gorki, Anatolio France, Azorín, Domela Nienwehuis, Bernardo Lazare, Anselmo Lorenzo, Ramiro de Maeztu, Carlos Malato, Octavio Mirbeau, Francisco Pi y Margall, Magdalena Vermet, Emilio Zola, etc.

HACIA LA EMANCIPACIÓN. *Táctica de avance obrero en la lucha por el ideal*, por Anselmo Lorenzo.—Demostración de que el Proletariado va libremente mancomunado hacia su emancipación y a la

regeneración social practicando el Sindicalismo, Boicote, Label, Sabotage, Huelga General, Enseñanza racionalista.

DEMOSTRACIÓN DE LA INEXISTENCIA DE DIOS, original del doctor Julio Carret, traducida del francés por José Prat.

Estos volúmenes se venden al precio de una peseta en la Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón (Balears) y en las principales librerías y puestos de venta de libros y periódicos.

Tomando de 3 volúmenes en adelante se hace un descuento del 30 por 100.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES:

Suscripción: Un trimestre. Ptas. 1'00

Número suelto » 0'05

Paquete de 30 ejemplares. » 0'90

Para el extranjero se carga el precio del franqueo.

Libros escogidos

que pueden adquirirse en la «Tipografía Mahonesa».

	Pesetas
La Revolución Francesa, por el Dr. Gustavo Le Bon	3'50
El Evangelio y la Iglesia, por Alfredo Loisy.	3'50
El Proletariado Militante, por Anselmo Lorenzo	3'00
Cómo haremos la revolución, por E. Pataud y E. Pouget, prefacio de Pedro Kropotkine (2 tomos)	2'00
Memorias de un revolucionario, por Pedro Kropotkine (2 tomos)	2'00
Vía Libre, por Anselmo Lorenzo	1'00
Las alegrías del destierro, por Carlos Malato	1'00
La conquista del pan, por Pedro Kropotkine	1'00
La sociedad moribunda y la anarquía, por Juan Grave	1'00
Las fuerzas subterráneas, por Eliseo Reclus.	1'00
Diccionario Filosófico de Voltaire (6 tomos).	6'00

En todas estas obras no se puede hacer ningún descuento y se advierte que no se servirán los pedidos que no vengan acompañados de su importe.

Correspondencia

Vigo.—P. G.—Enviamos 6 ejemplares *Demostración de la inexistencia de Dios* que valen 4'45 pesetas con el certificado.

Coruña.—S. A. P.—Aumentamos el paquete hasta 60 ejemplares desde el número anterior. Hemos enviado 6 *Dinamita Cerebral* y 4 *Hacia la Emancipación*, que valen 7'25 con el certificado. Escribimos.

Granollers.—G. P.—Enviamos 8 ejemplares del periódico desde el número anterior.

Morón.—F. D. S.—Id. 15 id. id.

Lebrija.—Asociación de Obreros Campesinos.—Servimos suscripción. Enviamos 1 *Dinamita Cerebral* y 1 *Demostración*.

Huelva.—A. C.—Enviamos 10 ejemplares del periódico desde el número anterior, *Jerez de la Frontera*.—J. C.—Id. 6 id. id. Enviamos 12 ejemplares de *Hacia la Emancipación* certificados a cambio de lo que mandastéis.

Huesca.—R. B.—Recibido 5 pesetas por *Tierra y Libertad* número 252. Servimos suscripción.

Hostalets.—B. P. P.—Recibido 4'20 pesetas para pago de los libros. Aumentamos el paquete del periódico. Enviamos 3 *Demostración*. Los otros libros que pides los serviremos cuando los recibamos.